

UN ZORTZIKO



Y llegó un día, ese día fatal que, sin presentirlo siquiera, súbitamente, experimenta el corazón cierto efecto moral que, así como en determinados accidentes físicos, la fuerza se niega á la voluntad, dejan también de corresponderse, en momento angustioso, el espíritu y la inspiración..... y el piano se cerró, se cerró ¡para siempre!

Desde aquel instante el país basco perdió un compositor eminente, la música euskara su intérprete fiel, el arte..... quizá una verdadera figura musical.



—Maestro, ¿qué le parece á usted este zortziko?—preguntábamos días pasados al director de la Banda municipal, mostrándole un original.

El Sr. Rodoreda leyó el papel, mejor dicho, tarareó una vez y otra aquella música; desde las primeras notas le interesó el asunto y observamos que en determinados compases se produjo en el maestro marcado entusiasmo, compases, como nos dijo, que equivalen á esas pinceladas espléndidas y de entonación justa, que sólo surgen de la paleta de artista consumado.

—Pues amigo, créame con toda sinceridad, el zortziko es muy hermoso, original; yo lo coloco en puesto de honor entre los mismos buenos: veo en él un crechendo espontáneo y oportuno que sólo á un ar-

tista de legítima fibra bascongada le es dado aplicar con tanto acierto, efecto tan primoroso, dentro del zortziko.

En esos términos nos contestó afectuosamente el maestro Sr. Roredora.

—Ahora me toca preguntar á mí—continuó el maestro.—¿Quién es el autor de esa música?

—El autor del zortziko: ¡Antonio Arzác!

*
* *

Pocos, pocos sabían que el malogrado Arzác estaba dotado de un alma capaz de producir música escogida.

Era poeta, poeta de gran cultura, como ningún bascongado lo ignora, pero era músico á la vez, artista de gusto depuradísimo y, rompemos el secreto, porque ha llegado la hora de que sepan sus paisanos que las rimas de aquel númen poético surgieron entre notas armoniosas.

Arzác era joven, apenas tenía 17 años cuando tomó parte en un concierto, en salón particular.

Empezó la sesión artística: tocó X, tocó H, etc., los aplausos resonaron por toda la sala.

Llegó la segunda parte; se acercó al piano un joven, bien formado, de maneras distinguidas, rubio, en fin, de conjunto simpático, de gran atractivo.

Se hizo silencio en el local: el joven tocó un trozo de Ópera, más tarde un motivo, después otra página más y luego un zortziko del maestro Santesteban.

El chico alcanzó un éxito, sobre todo á la conclusión del zortziko y aquel contado y selecto auditorio, en el que se hallaba el maestro Guelbenzu, se dirigió á Santesteban, acosándole con estas exclamaciones:

—Maestro, ¿qué tal? ¿qué le parece este joven? ¿qué tal el zortziko? ¡eso es sentir! ¡eso es interpretar lo que usted ha escrito!

El maestro Santesteban, sin poder resistir más tiempo aquel cúmulo de preguntas, habló en estos términos:

—¡Basta! ¡basta, señores! permitidme que diga lo que se merece ese

joven. He escuchado mi zortziko con sorpresa, porque no se toca así..... pero así se debe tocar!

Aplauso más legítimo y honroso no es posible alcanzar: el maestro, el mismo autor que dirigiéndose al intérprete, exclama:

—¡Así se debe tocar!

El joven era Antonio Arzác.

Y llegó un día, ese día fatal que, sin presentirlo siquiera, experimenta el corazón cierto efecto moral que, así como en determinados accidentes físicos, la fuerza se niega á la voluntad, dejan también de corresponderse, en momento angustioso, el espíritu y la inspiración..... y el piano se cerró, se cerró ¡para siempre!

*
* * *

El zortziko fué ejecutado en el Boulevard por la Banda municipal de esta ciudad el mediodía del 2 del corriente mes, festividad de la Candelaria, y fué repetida en medio de una verdadera salva de aplausos.

F. LÓPEZ-ALÉN.

